

LECTURAS DE UN MALENTENDIDO: EL *DIARIO* DE CRISTÓBAL COLÓN

Jean-Pierre ETIENVRE
Université de Paris IV-Sorbonne. Francia.

Después del interminable 92, resultará impropio e inútil añadir siquiera una palabra al aluvión generado por la muy discutible industria de la conmemoración. Discutible, entre otros motivos, por sus consecuencias para la economía, hartamente frágil aunque aparentemente próspera, de nuestro sistema de producción y comunicación intelectual. Lo que sí tiene de bueno son evidentemente las intenciones, puesto que conmemoramos casi siempre, y cada vez más, con una extraña mezcla de buena fe y de mala conciencia. Lo que conmemoramos es lo que dejamos de tomar por ejemplo, según afirma William M. Johnston, con una convicción provocativa, en su reciente libro sobre postmodernismo y bimilenario¹. De manera que, paradójicamente, conmemoramos también para olvidar. Porque el olvido, como decía Borges, es “una de las formas de la memoria, su vago sótano, / la otra cara secreta de la moneda”². Para decirlo de otro modo, no hay olvido sin memoria implícita.

Teniendo en cuenta esa paradoja y convencido de su validez metodológica, he querido acercarme al libro fundador de la conmemoración del Descubrimiento de América: el *Diario* de Colón, procurando hacerlo con un lastre mínimo de prejuicios. Y leer (o, por lo menos, intentar leer) ese libro así, con mis ojos de filólogo ingenuo, ha sido mi manera de pagar un modesto tributo al insaciable Quinto Centenario. Una manera también (¿por qué no confesarlo?) de quedar bien con el espíritu —o con el aire— del tiempo.

El más ingenuo de los filólogos, si bien está empeñado en leer al pie de la letra, puede estar al tanto de otras lecturas. Puede perfectamente interesarse por otras lecturas, apreciarlas, inspirarse en ellas. Y, si quiere ser un buen filólogo, lo hace. Lo hace y lo dice. Yo he de decir que me ha interesado mucho un libro de un ilustre colega de ustedes, Tzvetan Todorov, titulado *La conquête de l'Amérique* y

1. Johnston (1992: 46).

2. Borges, en el poema “Un lector”, *Elogio de la sombra* (1969), (1987: 359).

publicado hace exactamente diez años. Se trata por tanto de una obra elaborada mucho antes de que se declarase la fiebre conmemorativa. Diez años: un intervalo que le quita muchas décimas a esa fiebre. En efecto, no es de ninguna forma una obra de circunstancias, sino el inicio de una reflexión muy profundizada (y posteriormente ampliada por el mismo autor) sobre un problema fundamental de la antropología contemporánea, un problema que viene anunciado como tal en el subtítulo de dicha obra: *la question de l'autre*, la alteridad.

Todorov dedica la primera parte de su libro a Cristóbal Colón, bajo el lema general *Découvrir* (los lemas, o temas, de las otras tres partes son: *Conquérir*, *Aimer*, *Connaître*, cerrándose el conjunto con un epílogo titulado *La prophétie de Las Casas*). El examen de la actitud de Colón en cuanto descubridor se hace a lo largo y a lo ancho de tres capítulos: “La découverte de l’Amérique”, “Colón herméneute” (ahí asoma el semiólogo) y “Colón et les Indiens”. Conviene advertir, de antemano, que Todorov siempre escribe *Colón*, como en castellano (aunque sin acento). Y lo hace basándose en un pasaje de la *Historia* de Las Casas en el cual el dominico sevillano, no sólo recuerda que el marino genovés había glosado su propio nombre *Cristóbal* en un *Christum ferens* que le sirvió de firma, sino que interpreta su apellido *Colón* como el *reoblador*. De ahí saca Todorov, sin demasiados matices, la conclusión de que Colón es el prototipo del colonizador. Lo dice la misma palabra: el *colonizador* debe llamarse *Colón*, y viceversa. “Las palabras son –y sólo son– la imagen de las cosas”, escribe Todorov³, aferrándose a esa graffa inédita –y desde luego muy socorrida– en francés. Puede señalarse de paso que Manuel Alvar, en la introducción a su edición del *Diario del descubrimiento*, apunta que Colón “no era precisamente la paloma de su apellido”⁴, pero no se demora en el comentario de esa antífrasis. Un comentario que, de todas formas, no correspondería a su punto de vista de editor, más bien entusiasta, del *Diario* (incluso me atrevería a decir que Alvar es “colombófilo”).

El mismo *Diario* le sirve a Todorov para elaborar, con algunos textos más, un análisis muy apretado de la estrategia interpretativa de Colón. Una estrategia finalista, como la que practicaban los Padres de la Iglesia. Una estrategia que le lleva a interpretar los signos de la naturaleza, más aún que los signos humanos, según unos argumentos preestablecidos y no según la experiencia. En cuanto a los signos procedentes de los hombres, trátase de su producción o de su interpretación, Colón manifiesta una gran incompreensión generada por una falta de atención auténticamente desinteresada. Hecho así, en un par de frases, el resumen del análisis de Todorov da una imagen, si no falsa, desgraciadamente empobrecedora de una reflexión emprendida y llevada a cabo con muchísimo

3. Todorov (1982: 32-36).

4. Alvar (1976: I,15).

rigor y sobre la base de un extraordinario surtido de citas. El semiólogo se ha leído como pocas personas (y desde luego como pocos historiadores) los textos de Colón, principalmente el *Diario*. Y el resultado de esa lectura tan pormenorizada y sin complacencia es un juicio que se cifra en la grafía susodicha y que condena a Colón en cuanto hombre medieval, que vive e interpreta el presente como un recuerdo, el recuerdo de un pasado que ya anticipa su próximo triunfo. Un obseso que se deja llevar por una idea fija: llegar al Extremo Oriente por el Poniente. Contrasentido de cosmógrafo iluso que induce un malentendido antropológico por parte de un hombre totalmente ajeno a la alteridad.

El libro de Todorov me impresionó mucho, y globalmente no podía sino suscribir sus conclusiones finales. ¿Cómo no adherirse a esas propuestas fundadas en una rigurosa reflexión deliberadamente ética? Sin embargo la condena de Colón en la primera parte del libro, una condena previsible desde un principio en la grafía del patronímico y preparada por el tono irónico de muchos análisis, me parecía excesiva. Excesiva e injusta para con un hombre que fue a la vez el responsable y la víctima pertinaz de una equivocación intelectual, de un enorme malentendido que abarcó tierras y personas. Tampoco me parecía deseable rehabilitar su figura, como hicieron entre otros Léon Bloy y Paul Claudel. Pero lo que se me hizo necesario, a raíz de las innumerables citas de Todorov, fue volver a leer el *Diario del descubrimiento*. Mi nueva lectura, por supuesto, iba a ser influenciada por la de un semiólogo de la alteridad. Pero no por eso dejaría de ser la de un filólogo adicto al texto y a su contexto.

Lo que primero me llamó la atención fue que el *Diario* se presenta como un texto cerrado, a pesar de que no disponemos del manuscrito original. Disponemos, como saben ustedes, de un documento elaborado por Las Casas a partir del autógrafo de Colón. La transcripción y transmisión de dicho texto plantean unos problemas de ecdótica que aquí no nos interesan. Lo cierto es que, tal como llegó a nuestras manos, discurso híbrido, resumen entreverado de extractos formales más o menos largos, con algún que otro comentario, así y todo se nos aparece sin lugar a dudas como un texto que tiene un principio y que tiene un fin, que tiene también unos destinatarios expresamente declarados en el paratexto de un prólogo sustancial (“que va a la letra”, según dice Las Casas). Estos destinatarios, además, están implícitamente presentes en no pocos de los 189 microtextos, fechados todos, que configuran ese diario de a bordo literalmente extraordinario. Porque no se trata de un vulgar cuaderno de bitácora. Al final de su prólogo, dice Colón: “[...] y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente, de día en día, todo lo que hiciese y viese y pasase, como adelante se verá”⁵. Ese “pensamiento” procede del deseo de mostrar a los Reyes cómo ha cumplido su misión (“cumplir lo que así me habían mandado”).

5. *Diario* (1985: 73).

El *Diario* se presenta pues como un informe. Un informe justificativo del portentoso interés de ese viaje emprendido, según les dice textualmente a los Reyes en las últimas líneas de su relación, “con opósito y contra sentencia de tantas personas principales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí, poniendo este hecho que era burla”⁶. ¡Que era burla! Esto es lo que al genovés le debe de haber dolido más, en su orgullosa convicción. Colón no era amigo de burlas. Tenía una misión. Tenía que cumplirla. Tenía que dar cuenta. Ésta era la primera función del *Diario*.

La primera, e incluso me parece que puede decirse que la única. No creo que se le pueda debidamente pedir a Colón más de lo que podía hacer siendo Colón, es decir un marino, extraordinario desde luego, pero en fin de cuentas un marino al servicio de los Reyes Católicos. Y el hecho de que fue un marino no del todo lego, sino con sus puntas y ribetes de humanista, como demostró Cioranescu⁷, no quita que fuera un hombre de su tiempo. Por muy visionario y profeta que se le considere, sobre todo a partir de unos escritos suyos bastante posteriores al mismo descubrimiento, Cristóbal Colón *el descubridor*, el que redactó puntualmente su diario entre agosto de 1492 y marzo de 1493, no podía ser un antropólogo de la alteridad. No podía interpretar los signos de *su* 92 como nos gustaría a nosotros que lo hiciera. Y si, además de un informe justificativo, función que tiene principalmente su diario, Colón escribió un texto que interesa tanto a los doctos, es por ese humanismo que apuntaba antes, ese humanismo que estriba fundamentalmente en la lectura de la Biblia, de Ptolomeo y de Marco Polo. Lectura, o lecturas que hacen que Colón no fuera un marino lego, y que su diario no se redujera al cómputo tonto de las leguas marinas y al relato puntual de lo que pasase.

A la hora de escribir su diario, Colón se acuerda de sus lecturas y, en cuanto redactor de un diario de viaje (recordemos que dice expresamente, al final de su prólogo, que *escribe un viaje*), se acuerda sobre todo de Marco Polo. Y entonces su diario se convierte forzosamente en un relato, una narración que tiene mucho que ver con una literatura bien definida, muy específica, una literatura de origen medieval muy apreciada en su época: los relatos de viajes. Una literatura con sus normas y códigos que participan esencialmente de una retórica de la seducción por el asombro; o, mejor dicho, una retórica del asombro para la seducción.

Y es mediante esa retórica eficaz, heredada de un género bien determinado, como Colón, lector antes de ser descubridor y escritor, va a interpretar los distintos signos, o los signos de diversa índole que le muestra el todavía futuro Nuevo Mundo. Esos signos, Colón intenta naturalmente descifrarlos; y ahí

6. *Diario* (1985: 216).

7. Cioranescu (1967: 11-57).

empieza una labor hermenéutica (si queremos llamarla así) cuya especificidad conviene subrayar en pocas palabras.

Herederero de utopías, quimeras y leyendas medievales, Colón aparece como prisionero de un prejuicio que regula su interpretación. Integrado en un sistema de representación del mundo en el que prevalece el modelo e impera lo maravilloso, no sólo no pone en tela de juicio ese sistema (y esto quizá es lo que se le podría reprochar), sino que se apoya en él para interpretar lo nuevo. Por ejemplo, en las islas recién descubiertas, se encuentra con unos signos evidentes de riqueza y abundancia. Pues bien, los interpreta como indicios de que no está lejos de Cipango y de las tierras del Gran Can: “Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza de ella y riqueza”. Dice “creo”, que no equivale a un “me parece”, como tampoco es expresión de una mera hipótesis el “debe ser Cipango” que sigue. Escribe esta frase el martes 23 de octubre, es decir dos semanas escasas después de poner el pie en el islote de Guanahaní. Para Colón, buen aprendiz de semiólogo, las “señas” son “señales”. Pero, cada vez que encontramos bajo su pluma la palabra “señal” —que, por cierto, es una de las palabras clave de su léxico— viene acompañada por una interpretación acorde con lo que busca, o quiere encontrar, o sabe que puede encontrar. Así es como se le antoja ver sirenas (escribe “serenas”, que es la forma medieval de la palabra), aunque confiesa —algo decepcionado, o quizá para exagerar el asombro, en todo caso sin indagar más— que “no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara”⁸. ¡Vaya sirenas! Así es como también lamenta no haber encontrado monstruos, aunque no desespere de encontrarlos otra vez, según dice en su carta a Luis de Santángel, redactada durante su viaje de regreso⁹. Así es como, sobre todo, tiene la convicción de haber descubierto el Extremo Oriente, y por tanto el Paraíso terrenal, simplemente a partir del contraste entre la gran temperancia que comprobó en las Indias y las tormentas que tuvo que afrontar a la ida (hasta Canarias) y más aún a la vuelta (dos veces, al oeste y al este de las Azores). El texto, en la copia de Las Casas, es el siguiente: “Concluyendo, dice el Almirante, que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él había descubierto, es, dice él, el fin del Oriente”¹⁰.

La interpretación de los signos naturales por Colón está supeditada a sus lecturas. Y no seré yo desde luego el primero en advertir lo que tiene de quijotesco, al pie de la letra, esa actitud del descubridor. Podría perfectamente apli-

8. *Diario* (1985: 184).

9. *Diario* (1985: 227).

10. *Diario* (1985: 208).

cársele a Colón el análisis de la locura del héroe cervantino que hace Michel Foucault:

“Son aventure sera un déchiffrement du monde, un parcours minutieux pour relever sur toute la surface de la terre les figures qui montrent que les livres disent vrai. L’exploit doit être preuve; il consiste [...] à transformer la réalité en signe [...]. Et il ne se donne d’autres preuves que le miroitement des ressemblances. Tout son chemin est une quête aux similitudes”¹¹.

Todo su camino es una búsqueda de las semejanzas. Me parece inútil insistir en la manera que tiene Colón de evocar lo que descubre. En efecto, lo hace principalmente, por no decir exclusivamente, de manera analógica, comparando con lo que él conoce, según unos procedimientos léxico-semánticos que desmontó y analizó sagazmente Manuel Alvar, en la introducción a su edición del *Diario*¹². En los primeros días, no duda en dar a las cosas nuevas unos nombres castellanos, sin tener en cuenta las diferencias, del mismo modo que da nombres cristianos a las nuevas tierras, unos nombres evidentemente simbólicos en el marco de su gran empresa: San Salvador, Fernandina, Isabela, etc.

No insisto, porque esto es muy conocido. En lo que no se ha reparado tanto, quizá, es en su desinterés por su incapacidad para la descripción. Yo diría que el desinterés. El caso más significativo al respecto es su evocación —en un par de líneas escuetas— del tabaco. Relatando cómo había mandado a dos hombres “a ver la tierra dentro”, escribe el 6 de noviembre: “hallaron por el camino *mucha* gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres, con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumeros que *acostumbraban*”¹³. Ese signo de un fenómeno, que él mismo registra como multitudinario y frecuente, no le interesa. Y por tanto no lo interpreta. Ni siquiera manifiesta la más mínima curiosidad.

Puede haber una explicación material para semejante actitud: la brevedad del primer viaje. Él mismo dice, en la citada carta a Luis de Santángel, que este viaje “fue así de corrida”¹⁴, y no pocas veces precisa que lo que apunta es información de oídas. En estas condiciones, la descripción —cuando la hay— tiene que ser global y no razonada. Y sobre todo no hay lugar para la interpretación de lo que no corresponde a lo que busca: Cipango, el Extremo Oriente, el Gran Can, el oro, el Paraíso terrenal. El menor indicio que encaja en esa búsqueda merece una interpretación. Lo demás merece tan sólo un tratamiento de evocación a través de esa retórica del asombro anteriormente mencionada. Y acude a menudo al clásico tropo de lo indecible. La belleza de aquellas tierras por él descubiertas es inefable. Escribe Las Casas (27 de noviembre): “Iba diciendo a

11. Foucault (1966: 61). Citado y comentado por F. Moulin (1984).

12. Alvar (1976).

13. *Diario* (1985: 118). La cursiva es mía.

14. *Diario* (1985: 228).

los hombres que llevaba en su compañía que, para hacer relación a los Reyes de las cosas que veían, no bastarían mil lenguas a referirlo, ni su mano para lo escribir, que le parecía que estaba encantado”¹⁵. Y, bajo la pluma del mismo Almirante, dirigiéndose a los Monarcas (víspera de Navidad), leemos: “[...] más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba”¹⁶. Ese descubridor “encantado” es efectivamente una especie de Don Quijote, que encuentra sólo lo que busca, e interpreta lo que quiere, como quiere.

Ahí también están los indios que, como dice Todorov con cierta sorna (y con cierta razón), forman parte del paisaje¹⁷. Y esos indios participan igualmente de la retórica del asombro. Una retórica muy repetitiva, incluso en los extractos formales bastante largos que incluye Las Casas para los días 11 y 13 de octubre (no hay, como se sabe, apartado especial para el día 12). Los indios son hermosos, fuertes, generosos. Andan todos desnudos “como su madre los parió” (expresión que se repite hasta la saciedad), y esa desnudez es indicio implícito del Paraíso. Esos indios están perfectamente en armonía con la naturaleza que les rodea, y los primeros contactos con los españoles son idílicos. Así, por lo menos, los presenta, los narra Colón en unas páginas que a mí me parecen algo estetizantes. Esos hombres (conviene advertir que todos son hombres, sólo aparece *una* mujer “harto moza”, dice Colón, sin preguntarse por qué sólo aparece *esta* mujer) no son como los de Guinea, sino que tienen “la” color de los canarios, es decir una tez que se acerca a los cánones europeos de la belleza. Este primer encuentro, con unos intercambios tan fáciles (y engañosos por parte de los españoles), está contado con arreglo a una retórica elemental, que yo calificaría de retórica del papagayo y del cascabel, una retórica de la repetición ritual (los “bonetes colorados” ofrecidos a los indios están tan reiteradamente evocados como la madre que los pariera desnudos), una retórica muy económica porque muy pronto se hace estereotipada, una retórica que incluso podría darnos la sensación de un discurso de ficción, si no apareciera, a la vuelta de una frase, la preocupación absolutamente hermenéutica de Colón:

“Traían ovillos de algodón hilado y papagayos y azagayas [¿será casual la paronomasia?] y otras cositas que sería tedio de escribir [variante perezosa e imperdonable del tropo de lo indecible], y todo daban por cualquier cosa que se les diese. Y yo estaba atento, y trabajaba de saber si había oro”¹⁸.

15. *Diario* (1985: 133).

16. *Diario* (1985: 166).

17. Todorov (1982: 40).

18. *Diario* (1985: 92).

El 13 de octubre de 1492, andaba ya Colón entre el Edén y el Eldorado. No era ésta, desde luego, la mejor postura para interpretar antropológicamente una realidad, por muy nueva y atractiva que fuera. Así es como leo el *Diario* de Colón. Los lectores de Todorov habrán notado hasta qué punto mi lectura de filólogo concienzudo es tributaria de la del exigente semiólogo. He leído ese diario ateniéndome a la pauta que diera en su tiempo —que, para el oficio, bien valía el nuestro— el maestro Bataillon:

“Hay que estar abierto a los textos, en vez de quererlos abrir con llaves maestras, dejarse extrañar por ellos, incluso por aspectos que de puro evidentes, dejaban de llamar la atención”¹⁹.

Lo evidente para mí es que Colón —haya existido o no la tan discutida anterioridad de un piloto anónimo— no es un auténtico descubridor. Colón no descubre, literalmente, las tierras y las gentes por él encontradas. No descubre porque no les quita la cobertura. No se da para ello el tiempo, ni el trabajo. Trabaja, como queda dicho por él mismo, “para saber si hay oro”. No tanto por codicia personal como por lo que el oro representa en su misión político-religiosa: el oro va a servir para rescatar a Jerusalén, para la nueva y última cruzada. A Colón hay que situarle —como dice, en el título imposible de un muy sugestivo estudio, mi colega Alain Milhou— en su mentalidad mesiánica y en el ambiente franciscanista español²⁰. Colón es un hombre fundamentalmente medieval. 1492, *su* 92, no es en el tiempo vivido esa ruptura que suele establecerse en un tiempo recreado desde el moderno sillón. Esto es lo que acaban de demostrar magistralmente Lucile y Bartolomé Bennassar en un reciente libro, *1492 Un monde nouveau?*, una obra alegre y erudita de sana *desconstrucción* de un acontecimiento mayor²¹. La ruptura interviene, según ellos, en 1520.

Colón es indudablemente un hombre —aparte de ser *el* hombre— de 1492. Y, para quien lee su diario al pie de la letra, como hizo Las Casas, uno de sus primeros lectores (y uno de sus mejores lectores, siendo de alguna manera su primer editor), Colón aparece ante todo como un admirador, y un rival, de Marco Polo. Y cabe preguntarse si hasta cierto punto no emprendió su arriesgado viaje también para poder contarlo. Pero, si fue así, tampoco acertó, porque después de desearlo tanto en su imaginación y voluntad, no se tomó, no pudo tomarse el tiempo de vivirlo, de gozarlo, de comprenderlo. Le urgía encontrar lo que buscaba, lo que él sabía que tenía que encontrar. Ahí surge una de sus contradicciones más misteriosas, quizá la más dolorosa: aquélla que existe entre su amor a las tierras por él descubiertas y su prurito de soslayarlas, de orillarlas, para llegar más allá, a las tierras soñadas del Extremo Oriente. Y en esta contradicción, sí que asoma el hombre moderno.

19. Bataillon (1964: 8).

20. Milhou (1983).

21. Bennassar (1991).

A la lectura del semiólogo que lamenta una incompreensión total por parte de Colón y a la de su primer editor Las Casas, quien le admiró sin reserva (si bien le corrigió frecuentemente en los márgenes de su manuscrito, enmendándole la plana con un “non” rotundo o con unos comentarios sobre su algarabía o su necedad), a esas *dos* lecturas, pues, porque la mía (que puede ser la de cualquiera) no importa, quisiera, para terminar, añadir una tercera: la de un novelista. No la más conocida, la de Alejo Carpentier, más europeo que antillano cuando ajusta sus cuentas con León Bloy y Paul Claudel a través del juego desacralizador que constituye *El arpa y la sombra* (1979), sino la de Gabriel García Márquez, mejor testigo al respecto del drama de la América hispanoindia, en una admirable página de *El otoño del patriarca* (1975) que no puedo menos de leerles aquí, íntegra, porque no hay mejor lectura del malentendido.

El patriarca es un dictador “opresor de su patria y cómplice de los imperia-
lismos, pero también, paradójicamente, defensor irrisorio de la identidad de su pueblo avasallado”²². Al final del capítulo primero, nos lo presenta así García Márquez:

“[...] contemplando las islas evocó otra vez y vivió de nuevo el histórico viernes de octubre en que salió de su cuarto al amanecer y se encontró con que todo el mundo en la casa presidencial tenía puesto un bonete colorado, que las concubinas nuevas barrían los salones y cambiaban el agua de las jaulas con bonetes colorados, que los ordeñadores en los establos, las centinelas en sus puestos, los paralíticos en las escaleras y los leprosos en los rosales se paseaban con bonetes colorados de domingo de carnaval, de modo que se dio a averiguar qué había ocurrido en el mundo mientras él dormía para que la gente de su casa y los habitantes de la ciudad anduvieran luciendo bonetes colorados y arrastrando por todas partes una ristra de cascabeles, y por fin encontró quién le contara la verdad mi general, que habían llegado unos forasteros que parloteaban en lengua ladina pues no decían el mar sino la mar y llamaban papagayos a las guacamayas, almadías a los cayucos y azagayas a los arpones, y que habiendo visto que salíamos a recibirlos nadando en torno de sus naves se encarapitaron en los palos de la arboladura y se gritaban unos a otros que mirad qué bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, y los cabellos gruesos y casi como sedas de caballos, y habiendo visto que estábamos pintados para no despellejarnos con el sol se alborotaron como cotorras mojadas gritando que mirad que de ellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni blancos ni negros, y dellos de lo que haya, y nosotros no entendíamos por qué carajo nos hacían tanta burla mi general si estábamos tan naturales como nuestras madres nos parieron y en cambio ellos estaban vestidos como la sota de

22. Milhou (1983: 461), a quien debo la sugerencia de la cita. Véase también Ezquerro (1977) y Gramusset (1992).

bastos a pesar del calor, que ellos dicen la calor como los contrabandistas holandeses, y tienen el pelo arreglado como mujeres aunque todos son hombres, que dellas no vimos ninguna, y gritaban que no entendíamos en lengua de cristianos cuando eran ellos los que no entendían lo que gritábamos, y después vinieron hacia nosotros con sus cayucos, que ellos llaman almadías, como dicho tenemos, y se admiraban de que nuestros arpones tuvieran en la punta una espina de sábalo que ellos llaman diente de pece, y nos cambiaban todo lo que teníamos por estos bonetes colorados y estas sartas de pepitas de vidrio que nos colgábamos en el pescuezo por hacerles gracia, y también por estas sonajas de latón de las que valen un maravedí y por bacinetas y espejuelos y otras mercerías de Flandes, de las más baratas mi general, y como vimos que eran buenos servidores y de buen ingenio nos los fuimos llevando hacia la playa sin que se dieran cuenta, pero la vaina fue que entre el cámbieme esto por aquello y le cambio esto por esto otro se formó un cambalache de la puta madre y al cabo rato todo el mundo estaba cambalachando sus loros, su tabaco, sus bolas de chocolate, sus huevos de iguana, cuanto Dios crió, pues de todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, y hasta querían cambiar a uno de nosotros por un jubón de terciopelo para mostrarnos en las Europas, imagínese usted mi general, qué despelote, pero él estaba tan confundido que no acertó a comprender si aquel asunto de lunáticos era de la incumbencia de su gobierno, de modo que volvió al dormitorio, abrió la ventana del mar por si acaso descubría una luz nueva para entender el embrollo que le habían contado, y vio el acorazado de siempre que los infantes de marina habían abandonado en el muelle, y más allá del acorazado, fondeadas en el mar tenebroso, vio las tres carabelas²³.

Se acuerdan ustedes de que a Colón le había sabido mal –según dice al final de su diario– el que “tantas personas principales” de la Casa Real hicieran burla de su proyecto. Los indios puestos en escena por el novelista se quejan de que los españoles les “hacían tanta burla, mi general”. Y aquí García Márquez, a través de un humorístico juego intertextual con el mismo *Diario* de Colón, hace una inmejorable burla del texto fundador del Descubrimiento. La burla impertinente (pero sin agresividad) es, sin embargo, y sin lugar a dudas, la lectura más pertinente del malentendido. Pero habrán advertido ustedes que en esa página (una sola frase) genial –lo mismo, por cierto, que en toda la novela– no está nombrado el descubridor. Se le olvida el descubridor. Se le olvida Colón. No estará de más, tal vez, citar de nuevo al imprescindible Borges, en sus *Fragmentos de un evangelio apócrifo*: “Yo no hablo de venganzas ni de perdones. El olvido [que, como sabemos, es “una de las formas de la memoria, su vago sótano”] es la única venganza y el único perdón²⁴”.

23. García Márquez (1975: 44-46).

24. Borges (1987: 357).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR, M. (1976), *Diario del Descubrimiento*, Cabildo Insular de Gran Canaria.
- BATAILLON, M. (1964), *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid: Gredos.
- BENNASSAR, B. y L. (1991), *1492 Un monde nouveau?*, Paris: Perrin.
- BORGES, J. L. (1987), *Obra poética 1923/1977*, Madrid: Alianza.
- CIORANESCU, A. (1967), *Colón humanista*, Madrid: Prensa Española.
- Diario de a bordo* (1985), Luis Arranz Ed., Madrid: Historia 16.
- EZQUERRO, M. (1977), "El otoño del patriarca, mythe du pouvoir et pouvoir du mythe", *Imprévue*, Univ. de Montpellier, 3-35.
- FOUCAULT, M. (1966), *Les mots et les choses*, París: Gallimard.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1975), *El otoño del patriarca*, Barcelona: Plaza y Janés.
- GRAMUSSET, F. (1992), "Christophe Colomb dans l'eschatologie marquésienne. Une lecture d'*El otoño del patriarca*", *Crisol*, Univ. de Paris X-Nanterre, 16, 69-92.
- JOHNSTON, W. M. (1992), *Post-modernisme et bimillénaire. Le culte des anniversaires dans la culture contemporaine*, Paris: PUF.
- MILHOU, A. (1983), *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid: Universidad.
- MOULIN, F. (1984), "Christophe Colomb et le discours sur l'autre", *Les groupes dominants et leur(s) discours*, Cahiers de l'UER d'Etudes Ibériques de l'Univ. de Paris III, Sorbonne Nouvelle, 169-183.
- TODOROV, T. (1982), *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Paris: Editions du Seuil.